GALDÓS Y LA HISTORIA DE ESPAÑA

Por el Académico Correspondiente
Excmo. Sr. D. José Manuel Cuenca Toribio *

Según una de las muchas definiciones que ha suscitado el vocablo, «clásico» es aquello que depara constantemente sorpresas en su inagotable contenido. Desde este punto de vista, Galdós «el garbancero», el de estilo tan poco ático y aseado, es plenamente un clásico. La mayor parte del censo de sus innumerables personajes, de sus descripciones de España y de las visiones de su paso por la historia siguen descubriendo, como ha más de un siglo, ángulos llenos de enjundia y acuidad [1].

Ello es particularmente exacto en el terreno de la historiografía contemporaneísta. Sometido a intensa roturación desde hace varias décadas, objeto preferente de la aplicación de métodos y técnicas novedosos, la esteva galdosiana pone incesablemente al descubierto en él matices desconocidos, horizontes inéditos, formulaciones innovadoras. Historiográficamente, el autor de *Fortunata y Jacinta* es, por entero, nuestro contemporáneo. Cuando, proveniente de los cuadrantes más

* Ponencia no presentada oralmente.

[1] Un hondo conocedor de la obra galdosiana escribe atinadamente al respecto: «La obra de Don Benito está suscitando un creciente interés. No hay en ello el rescate de un clásico. Tampoco una moda que reactualiza formas y estilos de lenguaje escrito. Hay una motivación más honda que apenas ahora está asomando. La obra galdosiana vuelve a nuestros días porque activa la memoria sobre una realidad histórica en la que no sólo se encuentran los hilos que conducen al presente. Es la misma forma de escudriñar cualquier presente lo que se encuentra en aquella literatura. Galdós labró una manera de enfrentarse al devenir social de su tiempo, penetrando en el significado real del acontecimiento, desvelando el más lúcido mural desde el que se visualizan los fondos de la historia contemporánea española. En los momentos actuales, donde se debilitan las líneas de conexión con el pasado y quedan en penumbra las raíces de la existencia, la escritura de Galdós se hace, otra vez, necesaria». J. M. PÉREZ GARCÍA, *Para dejar atrás el siglo XX*, Ls Palmas de Gran Canaria, 2002, pág. 287.

alertados al progreso de su disciplina, el contemporaneísta llega al mundo galdosiano, una bocanada de humanidad palpitante remece su ánimo, enfrentándolo con el verdadero sujeto de su estudio. La España del siglo XIX está ahí, en las páginas de la inmensa enciclopedia —geografía, polemología, antropología, estasiología...— que de ella escribiera D. Benito. Todas las conquistas de Clío en el escudriñamiento de sus zonas más oscuras y en el análisis de algunas de sus claves interpretativas —patriotismo constitucional, revolución burguesa, pretorianismo, emergencia capitalista, urbanización— se refractan en el cuadro, lleno de plasticidad, que de ella pintara el escritor grancanario.

Todo, en efecto, está en los *Episodios Nacionales,* en las seis novelas de la primera serie, en las *Novelas Contemporáneas* —24— y en los incontables artículos que, *pro pane lucrando* la mayor parte de las ocasiones, salieran de su pluma de galeote. El burgués y el menestral, el arribista y el *laudator temporis acti,* el tren y la diligencia, «los cruzados de la causa» y los milicianos de morrión, el canónigo inquisitorial y el cura progresista, el vate romántico y el periodista politizado, los heraldos del tiempo nuevo —ingenieros, proletarios, profesores— y los náufragos del tiempo ido —beatas, cortesanos, rancios dómines de palmeta y bonete—, gentes de la España «eterna» —arrieros, pordioseros, maritornes de ventas y posadas, místicos de alcurnia intelectual y alucinadas de extracción humilde y popular— y de la «nueva» España —institucionistas, científicos, inventores—, ortodoxos y heterodoxos, encopetados y míseros, aristócratas y mendigos, se entremezclan y dan la mano en ese *melting pot* con el que Galdós tanto gustara —y, a las veces, abusase— de pintar la sociedad española de su tiempo [2].

---

[2] «... en su conjunto suponen algo así como una sistematización de las experiencias sociales del siglo XIX, en cuanto aún planean, o palpitan como ingredientes vivos, en el complejo presente desde el que el autor escribe. De aquí que los *Episodios* resulten, con frecuencia, mucho más históricos cuando se apartan u olvidan del entramado político en que se teje la historia que pudiéramos llamar convencional [...]. De aquí también que se haya especulado muchos sobre las fuentes históricas de la obra de Galdós, y no sobre la obra de Galdós como fuente histórica; y que la comprensión y el desvío para lo que el gran novelista quiso hacer —lo que realmente hizo— en sus *Episodios* culmine al atribuir a aquéllos una información de carácter estrictamente libresco». C. SECO SERRANO, *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX,* Madrid, 1973, págs. 279-280. Años atrás, uno, con Gregorio Marañón, de los más profundos conocedores —Ramón Pérez de Ayala— de un Galdós del que fuera, como el célebre médico, discípulo directo en los últimos años del gran novelista, escribiría: «Se ha dicho muchas veces que en Galdós está encerrado y en cifra todo el siglo XIX español. No en cifra, sino en acto, en miriadas de actos auténticos y esenciales. No el siglo XIX, sino todo el hispanismo histórico, consciente e inconsciente, expreso o latente, desde nuestros orígenes, como temperamento nacional característico». *Divagaciones literarias,* Madrid, 1958, pág. 128. Mayor ponderación aún de la «totalidad» de la obra galdosiana es la hecha por el mismo escritor ovetense en su *Amistades y recuerdos,* Barcelona, 1963, págs. 46-47.

Y todo ello, también, en imagen dinámica y móvil, alejada por igual del fijismo y del convencionalismo, de la oquedad de cartón piedra y del chafarrinón impresionista. Protagonistas y segundones, grandes y pequeños actores de la inacabable comedia humana en su representación española decimonónica, en su singularidad irrepetible, pero a la vez inmersos en las olas dialécticas de restauración-revolución, de cambio y arcaísmo, que envolvieron el siglo. Esto es, vida personal y colectiva, biografía individual y proceso comunitario; tradición y cambio, continuidad y evolución; el universo por antonomasia del estudioso del pasado.

Percepción por excelencia histórica, reconstrucción de una sociedad sacudida en sus profundidades por fuerzas transformadoras y ebullentes, evocación comprehensiva y comprensiva de una época crucial en los anales de la contemporaneidad hispana. En toda la literatura ochocentista no existe ejemplo comparable, con la salvedad, acaso, de la obra balzaquiana. El paralaje inventivo de Tolstoi es socialmente más reducido; el dickensiano, cronológicamente más corto. Como tantas veces se ha afirmado para sus respectivos países de la epopeya literaria de esta triada privilegiada de los dioses de la escritura ochocentista, igualmente la obra de Galdós constituye a la fecha, conforme hemos ya reiterado, la mejor introducción a la historia española de la centuria pasada, si no es —como pensamos— su historia más verdadera y desnuda [3].

Pues, por privilegio dionisíaco, el autor de *Nazarín* poseyó infusamente los dones para ejercer, en grado de excelencia, el oficio de Clío. Este es, bien sabido resulta, menester de documentación y análisis, recolección informativa y meditación interpretativa, rebusca archivística y pauta hermenéutica. Pero todo ello —indispensable e insoslayablemente— al servicio de la reviviscencia de un pasado que puede y debe ser hoy investigado con las técnicas depuradas de la informática más vanguardista.

Tras una larga, inacabable dictadura de prosaísmo descarnado, de reconstrucción del pasado ramplona y chata, el paradigma historiográfico ha vuelto a ser el de los mejores contemporáneos del joven D. Benito: Macaulay, Michelet, Mommsen... Una pasión atemperada por la ciencia más alquitarada. ¿Qué otra cosa, si no, son las obras de Braudel, Duby, Elliot? La historia como tarea taumatúrgica de dar

---

[3] «Hablando con rigor, Galdós no es un historiador, ni se lo propuso, pero si impensable (es) el siglo XI sin el *Poema de Mío Cid,* otro tanto sucede con la España del siglo XIX sin Galdós. Una de sus metas, desde el punto de vista histórico, consistió en enseñar a los españoles a leer su *Historia,* con yerros y aciertos, y las causas que los originaron». L NOS MURO, «Aproximación a la persona y obra de don Benito Pérez Galdós», *Letras de Deusto,* 88 (2000), pág. 165.

vera y nueva vida, según quería el buen monje de El Escorial y escritor admirable, Fray José de Sigüenza, a los huesos y polvo de la humanidad desaparecida. Fórmula esta infalible para acertar siempre en la diana del trabajo historiográfico por encima de modos y modas pasajeros, si bien, claro es, de saldo y balance por lo común positivo, más allá de frivolidades pronto caídas en el olvido. La historia entendida como disciplina social, entreverada de préstamos, relaciones y colindancias con otras del mismo tenor y no exenta de intención y voluntad artísticas. Concepto y definición, como se observa, complejos, que resumen el esfuerzo de numerosas generaciones de estudiosos hasta situarla en su estatuto actual, de preferente posición en las ramas del saber intelectual —no siempre igual al científico—, y en el que es difícil imaginar que un pura sangre literario como el narrador grancanario, pueda ocupar algún puesto [4].

Y, sin embargo —reiteramos—, así es. Su obra es río amazónico por el que discurren los principales procesos económicos y sociales junto a los más importantes ciclos de la política y los aspectos más salientes de las estructuras mentales e ideológicas de un pueblo que, como intuyera Larra, estaba pasando de una a otra orilla de la evolución histórica. ¿Qué tratado, así, más completo y, en especial, más agudo de sociología religiosa que el que puede encontrarse en novelas tales como *Gloria, Angel Guerra* o *Nazarín?* ¿Y en qué eruditos estudios de antropología social de o sobre la época cabe hallar una descripción más acabada del comercio madrileño de las postrimerías isabelinas que en la filiación familiar de Juanito Santa Cruz? ¿Hay algún lugar de la literatura española, y aun extranjera, de la época en que las relaciones de la pareja posean un contenido más actual que las que se apuntan en *La familia de León Roch,* miembro éste de la burguesía en ascenso, y Pepa Fúcar? ¿La burguesía de negocios tiene prototipos mejor caracterizados que los del marqués de Fúcar o Sánchez Botín? ¿Se halla en parte alguna una tipificación de la mesocracia igual o superior a la trazada en *Tormento* o en *Fortunata y Jacinta?* ¿Existe en la literatura española una sociología del urbanismo más lograda que en *La desheredada?* ¿Y otra más fina de la de las clases marginadas que en *Misericor-*

---

[4] M. Tuñón de Lara acertó a penetrar en el sentido último de la visión histórica galdosiana: «Testigo excepcional que no sólo narra los hechos, sino que reflexiona sobre ellos y sus interrelaciones y capta la vida social, Galdós nos ha legado una inestimable visión de la sociedad española del siglo XIX con un agudo sentido de lo que podríamos llamar su historicidad». «Don Benito Pérez Galdós y la Historia», en *Historia y Novela. Superación de un conflicto,* Las Palmas, 1991. De su lado, otro gran conocedor de Galdós, J. I. Ferreras, no dudará en afirmar: «Hora es ya de decir que Galdós no es sólo el primer novelista moderno español, sino que es también el primer autor de novela histórica español, sin posibilidad ninguna, tal es su altura, de establecer la más pequeña de las comparaciones». *Benito Pérez Galdós y la invención de la novela histórica nacional,* Madrid, 1997, pág. 87; vid. también todo el capítulo VII de este un tanto desgarbado libro.

dia? ¿Y una pintura más afiligranada de un microcosmos privilegiado como la descripción de la colmena del Palacio Real isabelino en *La de Bringas?* ¿Dónde buscar, en fin, una viñeta más exacta de la Bolsa madrileña que en *Lo prohibido?*

De proseguir la enumeración sería, sin duda, el cuento de nunca acabar. Y de nada —es obligado repetir— dará el escritor canario una imagen fija, estática, arqueológica. Mujeres y hombres, paisaje humano y paisaje social, en continuo movimiento y transformación. El caos de la vida encuentra sentido proyectado en corrientes y tendencias nacidas de las entrañas de la historia, que la razón intenta encauzar a un fin. En Galdós la historia tiene tanto de magma como de sólida decantación, de enfermedad como de salud. En pos de metas primordialmente artísticas, de crear un universo ficcional cargado de simbolismo y trascendido de mensajes, Galdós llevará a cabo, por medio de la literatura, la historia de un siglo como aporte propio al proyecto progresista al que se entregará tan ardidamente, incluso en sus hondoneras de abatimiento. Aunque su planteamiento no sea irenista y sus filias y fobias aparezcan de ordinario nítidas, su grandioso tapiz estará enmarcado por coordenadas suprapartidistas y animado por una idea de futuro, en el que los cruentos antagonismos en que se forjara el sistema liberal, quedarán superados en la reconciliación del país consigo mismo [5].

Tal concepción del acontecer humano puede asumirse íntegramente por el historiador más «vanguardista» por muchos que sean su espíritu corporativo y orgullo gremial. Los grandes creadores de universos artísticos y literarios destruyen las aduanas de los géneros y preceptivas. Pero si este enfoque suscita prevenciones invencibles, no se tendría mayor inconveniente —pensamos— en admitir, sin sombra de reserva, que, al menos como materia prima de superior calidad, el *corpus* novelístico galdosiano resulta de subido valor para desventrar las principales

---

[5] En un artículo publicado en el semanario madrileño *La República de las Letras* de 22 de julio de 1907, escribía Antonio Machado: «No es sólo Galdós el más fecundo de los novelistas españoles, es, además, el más fuerte, el más creador, el más original entre los maestros de su tiempo [...]. Entre estas gentes descuella Galdós como figura gigantesca. Sus *Episodios Nacionales,* cuyo último volumen se acaba de publicar [de la 4.ª Serie], asombra por la cantidad de vida española que contienen. Observador de nuestras costumbres, despreocupado de toda intención literaria, nos da en sus novelas una idea muy justa de las gentes de nuestra tierra y, sin seguir la huella de ninguno de los grandes maestros españoles, conquista entre ellos un puesto eminente. No iguala a Dickens en el arte de puntar el detalle, pero le supera en la visión sintética y creadora que se apodera del carácter.

Es humorista sin pretenderlo, y cuando escribe revela un corazón bondadoso, exento de esa vanidad moral, tan corrosiva, que denigra a los hombres so color de adoctrinarlos. Su obra es grande y simpática», *Prosas dispersas (1893-1936),* Madrid, 2001, págs. 219-220.

líneas de fuerza del ayer ochocentista. Tras haber allegado y contrastado las fuentes de sus diferentes capítulos y episodios con arreglo a la más flamante o acrisolada metodología, el especialista hará bien en recurrir, como última fase de su labor, a la obra galdosiana en el extremo objeto de su interés, sin que tampoco una previa impregnación de sus postulados y visiones sea camino o procedimiento desaconsejables. Los estudiosos de la formación de la sociedad hispana contemporánea y, en especial, los investigadores de la primera etapa de la llamada Revolución española por los adalides de la «Gloriosa», que anduvieron por dicha senda, no lo lamentarán en ningún instante.

Cuando ya se aprestan los primeros estudios cara a la conmemoración del bicentenario de la guerra de la Independencia, resulta ocioso ponderarlo. Sin posible equiparación, Galdós es el novelista y acaso el escritor cuyo bisturí desveló con mayor propiedad y empatía los muchos procesos gestados en etapa tan grávida y climatérica. Tal vez sin demasiada exageración quizá cupiera afirmar que su niñez y adolescencia no fueron más que una larga preparación para enfrentarse, cargado de conocimientos y atravesado de emoción patriótica, con el gran desafío de evocar literariamente el nacimiento y despliegue del primer ciclo de la España contemporánea [6].

Su parto, difícil y muy prolongado, y su tránsito, repentino y brusco, atesoraron, en efecto, algunos de sus momentos de inspiración artística más felices y, singularmente, más caudalosos, como expresión de un compromiso vital con su trayectoria. Apenas rebasada la treintena —umbral de los grandes edificios novelísticos—, las series iniciales de los *Episodios* y sus primeras obras narrativas —*La Fontana de Oro, El Audaz*— tuvieron como meta la repristinización, con trémolo generacional, del estadio inaugural del liberalismo hispano, el más asistido a sus ojos por el impulso y la acción populares. La concepción mística que del pueblo poseyó siempre Galdós nunca encontraría más concordancia entre pluma e imagen que en dichas obras [7]. Un Galdós en juventud sazonada y ancha vena creadora evo-

---

[6] «Galdós, sin duda el novelista más leído de la Restauración, fue igualmente un liberal que con el tiempo se haría republicano y aun filosocialista. Sus *Episodios Nacionales* —46 novelas históricas que forjaron la idea de España de muchos españoles— eran una visión popular y liberal de la historia española del XIX, que exaltaba al pueblo como protagonista colectivo y que reivindicaba el liberalismo y el progreso frente a la tradición, el oscurantismo religioso y la reacción políticas». J. P. FUSI y J. PALAFOX, *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad,* Madrid, 1997, págs. 159-160.

[7] En una traducción no demasiado feliz, un muy exageradamente afamado contemporaneísta norteamericano expone en sus decepcionante recuerdos profesionales: «Las novelas de Galdós celebraban al hombre corriente con más alegría y viveza que cualquier otra literatura que hubiera leído», G. JACKSON, *Memoria de un historiador,* Madrid, 2001, pág. 26.

caba el tramo del pasado nacional más permeado de sus ideales y de mayor brío y ardor. Todo había sido posible en él, como todo volvía a ser posible en el proyecto personal de convivencia española del autor de los *Episodios* cuando, como de ordinario, redactaba febrilmente tales trabajos, al alba de los decisivos años setenta.

Se ha hablado *ex abundantia* de la perfecta sintonía de este rumbo del Galdós juvenil con el de la burguesía que semejara dar un paso al frente en la gobernación del país durante los años del Sexenio democrático. Sin duda es así; pero el optimismo histórico del escritor en la etapa que viviera con mayor esperanza individual y colectiva, deriva fundamentalmente del total acompasamiento que encontraba entre las fuerzas destinadas, en su visión de la historia, a protagonizarla en sus capítulos actuales. En el pretérito reconstruido en las obras acabadas de mencionar —ayeres de prerrevolución y del Trienio— se asistió igualmente al acuerdo y alianza entre ambos actores de la contemporaneidad; pero los tiempos en España no estaban todavía maduros para lograr su plena y fecunda conjunción, y los elementos de la reacción acabarían por desbaratarla. Ahora —vértice de la «Gloriosa»—, sin embargo, cuando, a su mirada, el reloj de la historia marcaba el momento supremo de la Revolución española, nada sería igual, lográndose la sintonía entre un pueblo que encarnaba, doblemente, las mejores energías nacionales e históricas y una burguesía en la que éstas hallaban coetáneamente su expresión más completa [8].

La gran puja que hiciera el escritor grancanario por el feliz final de esta historia a la vez personal y colectiva, las ilusiones que depositase en su marcha inmediata ayudan a justificar su errónea visión de los acontecimientos de la «Septembrina», desenfoque, por otra parte, normal en los protagonistas de cualquier etapa histórica. Apuesta y compromiso que, a su vez, contribuyen a explicar su reticencia a abandonar la imagen encantada que de ella le acompañara hasta muy adentrados sus días. Antes de arribar a ellos, sufrió, no obstante, varias tentaciones, rechazadas algunas *in extremis*. Una de las más poderosas llegó a experimentarla en fecha aún temprana de la Monarquía de Sagunto. En el primer gran punto de inflexión del canovismo, en pleno usufructo de su flamante diputación por uno de los distritos electorales de Puerto Rico e intacta su simpatía por el quehacer gobernante de Sagasta —el «quinquenio glorioso», de los apologetas del gobernante riojano—, una gran parte de su ensueño histórico semejara haberse disipado. En su novela acaso más emblemática —*Fortunata y Jacinta*— podrán espigarse aquí y

[8] Cfr. J. M. Cuenca Toribio y S. Miranda García, «Las Cortes de Galdós», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 460 (1989), págs. 129-138.

allá más de un testimonio del lento y reluctante desenganche de la visión y apuesta progresistas de Galdós por la España de los inicios de su gran carrera literaria. Con todo, tales desfallecimientos tardarían en cristalizar, como decimos, en un estado de ánimo consolidado. El deseo de creer, la voluntad de esperanza se sobrepusieron a vislumbres e intuiciones [9].

Era, pues, la concepción progresista-burguesa una imagen entrañada con la que D. Benito identificaba sin duda el período áureo de su existencia y el postrero verdaderamente decisivo para la forja de un país moderno por el que tan ardorosamente luchara. Al volver por última vez sobre dicho segmento, a la altura de los años inaugurales del siglo XX, Galdós gozaba de la perspectiva y experiencia suficientes para conocer bien que, en lugar de ser el reencuentro del liberalismo doceañista y el comienzo definitivo de la Revolución española —anhelo de los espíritus más tremantes de la época—, dicho período se descubría como el final de todo un ciclo en la evolución del país, que enterró para siempre los sueños y utopías salidos del mejor troquel del progresismo ochocentista.

La antorcha no llegó, sin embargo, a apagarse al coger el testigo el cuarto estado, protagonista máximo de la denominada, convencional y manualísticamente, baja edad contemporánea. El proletariado en su doble proyección agraria y urbana nutrirá con su despliegue el mundo surgido de la segunda revolución industrial y del asentamiento de los regímenes liberales en vía más o menos lenta de democratización. Las virtualidades y virtudes del buen pueblo doceañista y progresista estarían ahora encarnadas en un obrerismo transido de ilusiones adánicas y genesíacas en algunas de sus militancias [10].

---

[9] Un sobresaliente galdosista, llevado de una deficiente formación historiográfica, extrema quizá los caracteres de esta ruptura: «Los "elementos" que de la realidad toma Galdós son utilizados para ofrecer un panorama socio-histórico en el que —tanto en la historia como en la novela (la trasposición literaria en vez de hacer opaca hace más transparente la realidad histórica)— la burguesía y el pueblo, tras unos breves períodos de acercamiento, habían roto, bajo el pretexto burgués de defender unos principios de orden y moralidad, toda posibilidad de convivencia.

Galdós entendió —lo cual queda translúcido en *Fortunata y Jacinta*— que la Restauración borbónica fue instrumentalizada por la burguesía para restaurar el "orden"». F. CAUDET, *Introducción a Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas,* Madrid, 1983, pág. 63.

[10] Creemos que la argumentación de un sobresaliente galdosiano no resulta aquí muy convincente: «¿Qué no hay proletariado en Galdós, y en *Fortunata y Jacinta?* Ciertamente no hay masa obrera —que no existía entonces en aquella ciudad de 350.000 habitantes, con muy incipiente industria—, pero artesanado, comercio modesto, asalariados del Estado o de los particulares, profesionales ocasionales o indefinidos, marginados y clases mendicantes, pululan en el crecido índice de personajes, en proporción que no debe andar muy lejos de la realidad [...]. En la sociedad preindustrial de hacia 1875 la presencia en esa nómina de albañiles, aguadores, obreros, carreteros, campesinos, criadas, limpiabotas, polleros, etc., rechaza la posibilidad de decir que no hay proletariado en las novelas de Galdós». P. ORTIZ ARMENGOL, *Apuntaciones para Fortunata y Jacinta,* Madrid, 1987, págs. 42-43.

Pero Galdós, narrador omnipresente en su técnica novelista, no podía ser al mismo tiempo historiador omnicomprensivo. Bien que estuviera muy al tanto de la evolución general de los pueblos europeos —principalmente de la de las naciones-locomotora— tanto por actualizadas lecturas como por conocimiento directo a través de repetidos viajes e incursiones, y a que manifestase una invariable catalanofilia, la geografía industrial no le era demasiado familiar ni por deseo ni contacto, como tampoco aquélla del mundo rural recorrido por el mesianismo agrario. No hay que atribuir, empero, como de ordinario se hace, a este relativo apartamiento de los escenarios preferentes de la emergencia del obrero moderno la llamativa ausencia del proletariado de las páginas escritas por Galdós [11]. Quizá tampoco a falta de sensibilidad ante la justicia de su causa y lo terebrante de su destino [12]. Probablemente el motivo resida en la absorbente identificación del ideario y mentalidad de D. Benito con una ideología —la liberal—, cuya asunción juvenil fue en su

---

[11] «Tenía dos géneros de fanatismo: el del trabajo, pues no podía estar inactivo nunca, y el de la política. Deliraba por los derechos del pueblo, las preeminencias del pueblo y el pan del pueblo, fundando sobre esta palabra, ¡pueblo!, una serie de teorías a cual más extravagante. Realmente estas teorías no eran suyas. Una generación se había embobado en ellas, mirándolas como pan bendito. Pero Juan Bou las había sublimado en su mente indocta, convirtiéndolas en una fórmula de brutal egoísmo. Según él, muchos miembros importantes del organismo social no tenían derecho a ser comprendidos dentro de esta designación sublime y redentora: ¡el pueblo! Nosotros, los que no tenemos las manos llenas de callos, no éramos pueblo; vosotros, los propietarios, los abogados, los comerciantes, tampoco érais pueblo... De toda idea exclusiva nace una tiranía, y de aquella idea exclusiva nació el obrero-sol; Juan Bou, que decía: «El pueblo soy yo» [...] Bou no quería galas, ni lujo, ni vicios caros, ni palacios; lo que quería era que todos fueran pueblo; que todo el que tuviera boca tuviera una herramienta en la mano; que no hubiera más que talleres y se cerraran los palacios; que se suprimieran las rentas y no hubiera más que jornales; que cada cual no fuera propietario más que de la cuchara con que había de comer la sopa nacional». *La desheredada. Obras Completas,* Madrid, 1975, I, págs. 1098 y 1101.

Como se recordará, también relacionado con Cataluña —(bien que Bou fuera un catalán avecindado en la capital de las Españas, como se sabe)— tendrá lugar el «descubrimiento» del valor y sentido del trabajo por uno de los personajes más conocidos nacidos de la pluma del novelista, Jacinta, la mujer de Juanito Santa Cruz. Será durante su viaje de boda, en su estancia barcelonesa «visitando las soberbias fábricas de Batlló y de Sert, y admirando sin cesar, de taller en taller, las maravillosas armas que ha discurrido el hombre para someter a la Naturaleza»; contemplando el afanar rutinario y duro de operarios y operarias la burguesa madrileña intuirá la alienación... *Fortunata y Jacinta. Obras Completas,* Madrid, 1975, II, págs. 487-488.

[12] «Estáis viendo delante de vosotros, al pie mismo de vuestras cómodas casas, a una multitud de fieles abandonados, faltos de todo lo que es necesario a la niñez, desde los padres hasta los juguetes...; los estáis viendo, sí..., nunca se os ocurre infundirles un poco de dignidad, haciéndoles saber que son seres humanos, dándoles las ideas de que carecen; no se os ocurre ennoblecerlos, haciéndoles pasar del bestial trabajo mecánico al trabajo de la inteligencia; los veis viviendo en habitaciones inmundas, mal alimentados, perfeccionándose cada día en su salvaje rusticidad, y no se os ocurre extender un poco hasta ellos las comodidades de que estáis rodeados... ¡Toda la energía la guardáis luego para declamar contra los homicidios, los robos y el suicidio, sin reparar que sostenéis escuela permanente de estos tres crímenes!». *Marianela. Obras Completas, Novelas,* I, Madrid, 1975, pág. 733.

caso especialmente completa y sin fisuras, al presentársele, en el Madrid del tardoisabelismo, como la meca de unos sueños nacidos al contraste con un medio familiar asfíctico, bloqueado a todo pacto con el espíritu del tiempo.

Comediados los años ochenta, cuando Galdós es más Galdós, en la plenitud de sus dotes, prestigio y equilibrio psicosomático, reflexionará algo por extenso sobre el espectacular desarrollo del socialismo europeo y, de modo muy singular, acerca del germano, entonces objeto de admiración universal. En nuestro país se estaba a punto de asistir a la fundación de la UGT en Barcelona y, no obstante, la cercanía de su nacimiento, tanto el PSOE como su creador, Pablo Iglesias, formaban parte del censo doctrinal y personal de los cenáculos políticos e intelectuales. Con total serenidad, D. Benito desgranaría entonces para los lectores argentinos del diario bonaerense *La Prensa* los argumentos por los que, a su juicio, el credo socialista no lograría nunca implantarse en una nación como España, cuyo perfil sociológico más subrayado viene dado, según una idea ya vieja en su pensamiento, por la armónica conjunción de estratos y la pacífica convivencia de clases y situaciones. En el auge del Estado de la Restauración, ni la lucha de clase ni el poderoso movimiento socialista se atalayan en el horizonte, según el diagnóstico hecho por un Galdós que por aquellas fechas da los últimos toques a su obra cumbre, *Fortunata y Jacinta*[13].

En cuyo, ciertamente, abultado catálogo de los oficios y profesiones que en sus páginas aparecen, no figurarán ninguno de los del proletariado industrial inexistente en el Madrid del Diecinueve, aunque sí lo hagan —sin mayor relieve— algunos representantes del «arte de imprimir», célula matriz del socialismo hispano. Pero, insistamos, el determinismo geográfico no es la razón específica del exiguo hueco abierto en la producción galdosiana al movimiento obrero finisecular; *Marianela,* editada en 1878, se portica con un cuadro veraz de la minería norteña, bas-

---

[13] El excelente crítico y biógrafo de D. Benito J. CASALDUERO se mostrará ambiguo al punto de decidirse por un Galdós «social»: «... no supera el socialismo sentimental hasta el momento en que escribe la quinta serie de los *Episodios* (1907-1912) y las novelas *El caballero encantado, cuento real... inverosímil* (1909) y *La razón de la sin razón, fábula teatral absolutamente increíble* (1915) y las obras dramáticas *Pedro Minio* (1908), *Casandra* (1910), *Celia en los infiernos* (1913), *El tacaño Salomón* (1916), *Santa Juana de Castilla* (1918). Todavía se deben añadir *Alceste* (1914) y *Sor Simona* (1915). En todas estas obras ya no hay una sátira sino un acercamiento al pueblo y una visión de la cruel injusticia social. En este período último aparece el ataque a la política y charlatanería de la Restauración, ataque a la explotación del obrero y del campesino, ataque directo a las clases dirigentes [...] Galdós nunca se planteó de una manera profunda el problema [...]. En 1878 no había logrado superar el socialismo sentimental de la primera mitad del siglo XIX, superación alcanzada en su última época con la íntima evolución de su mundo que le llevó a la misericordia y sobre todo a la justicia social». *Marianela,* Edición crítica, Madrid, 1983, págs. 18-19 y 37.

tión ya del incipiente socialismo [14]. El tema, empero, no retornará al mundo ficcional galdosiano. Cuando éste vuelva a topar con un argumento muy ocasionado a la introducción y análisis de la vertiente anarquista del proletariado en su versión campesina, tan hispana, en *Nazarín* (1895), su autor no le concederá entrada en sus intenciones u objetivos, centrados a menudo en la introspección individual de personajes integrados en ambientes mesocráticos y populares de raigambre urbana y artesanal.

Un autor tan dado a los símbolos como Galdós podía, pese a todo, haber dado paso en su inmenso *corpus* narrativo a figuras y protagonistas procedentes del mundo obrero, como las muchas que compendian en sus obras la reacción, el liberalismo de temple doceañista o moderado, el carlismo montaraz, la beatería intransigente, el espíritu inquisitorial o la «España eterna». Los estudiosos que pretendieron ver en algunos de los actuantes del orbe literario galdosiano arquetipos y símbolos de las ideas y corrientes proletarias tuvieron que recurrir a volatinerías e ingeniosidades analíticas para otorgar a D. Benito credenciales de escritor comprometido con la causa del obrerismo militante. Su bandera sólo tremolaría en las últimas páginas de su copiosa producción, pero de forma muy espaciada y sin verdadero ardimiento, al no haber cobijado ilusiones y pensamientos de la mocedad y la adultez. La proclividad demagógica con que se enarbolara en discursos y manifiestos de la etapa republicana del autor de *El caballero encantado* (1909), no redundaría, ciertamente, en acrisolar los valores del obrerismo hispano y el renombre y autoridad moral de un hombre muy tornasolado en sus actitudes públicas [15].

No hubo, pues, jamás un Galdós escritor del proletariado español. Lo cual, por supuesto, anda muy lejos de descalificarlo en algún sentido, y menos que en ninguno en el grado de compromiso con los destinos de su país y de la porción que, en su sentir y escritura, encarnaría su plasmación más generosa y altruista: el pueblo; un pueblo representado por las innumerables gentes que acompañaron su vida de honradez e idealidad al servicio de una España más habitable, doloridas y

---

[14] Cfr. la vívida descripción de las minas y siderurgia de Socartes en *Marianela...*, págs. 716-718.

[15] «Yo diría también que, de alguna suerte, Galdós es un "mediador" de clases y sectores sociales básicos para comprender la sociedad española de la segunda mitad del XIX. Su ilusión por aquella burguesía liberal con la que se identifica el joven de 1870 y su desencanto, un cuarto de siglo después, al comprender el pacto que hizo con la nobleza agraria durante el reinado de Isabel II, para llegar —tras el Sexenio— a la formación del bloque de poder de la Restauración, encontraron en Galdós su interlocutor crítico, un entusiasta de la "otra burguesía", la que todavía, según él y otros muchos, podía cumplir una función de progreso». M. TUÑÓN DE LARA, «Ideología y sociedad en las novelas contemporáneas de Galdós», *Historia Contemporánea*, 3 (1990), pág. 183.

frustradas también, en su mayor parte, por la inutilidad de sus sueños y afanes [16]. La intrahistoria unamuniana, la España profunda de los regeneracionistas se detectarán en numerosos pasajes de los escritos galdosianos, pero amputadas de mensajes coyunturales o políticos de alicorto vuelo. La creación literaria, los derechos de vida propia de personajes y protagonistas, quedaran por entero a salvo en el planteamiento de su mundo ficcional. Lecturas reduccionistas y bastardas manipulaciones permanecerán en una esfera bien distinta de la habitada por sus incontables y a menudo inclasificables criaturas.

Tiempo adelante, cuando por la antaño caudalosa vena literaria de D. Benito sólo circule savia teatral y episódica, habrá llegado, sí, la hora del ajuste de cuentas y del juicio inmisericorde contra los culpables del aciago destino de la España alumbrada, tan prometedoramente, en Cádiz.

Ésta quedaba ya muy atrás en la reviviscencia galdosiana de los *Episodios,* cuando éstos se adentraban en su cuarta serie —*Las tormentas del 48* (1902)—, justamente en el instante en que la España oficial se disponía a preparar, sin mucho entusiasmo, el centenario de su nacimiento en la ciudad andaluza. La relación de Galdós con los hombres y mujeres con realidad histórica de dicha serie era ya «personal» y, en algunos casos, estrecha o próxima. Metamorfoseado en Catón por el Desastre y sus secuelas, el último Galdós, literariamente hablando, abrirá la espita de una veta censoria implacable contra el tablado de Arlequín que la España canovista y, en general, toda la de la segunda mitad del siglo acabado de pasar a la historia representaba a sus ojos, en esta hora de adioses y balances. A punto de convertirse en hombre de partido —la cuarta serie la acabará, en 1907, *La de los tristes destinos,* en el instante en que su autor es ya militante de primera fila de la facción republicana salmeroniana—, Galdós se despoja de la toga de varón ciceroniano y un tanto senequista que le ha revestido en su evocación y reconstrucción de la España de la forja y consolidamiento del sistema liberal, para cubrirse a menudo con el gorro frigio en señal de solidaridad con un pueblo merecedor de mejor suerte y de gobernantes más honrados y diestros.

Encarnado en un periodista de vuelta de todos los caminos, Tito, el héroe avulgarado de la postrera serie de los *Episodios,* guardará el rincón más íntimo de su alma para seguir fidelizando los ideales de la primera generación del 68, igual-

---

[16] «Galdós fue el maestro de la sensibilidad del pueblo español en el siglo XIX; el mago que presenta España a España, que barre los prejuicios, las añoranzas, toda la esperanza y mala yerba que ocultan el ser del país, y hace posible que el pueblo español, no sólo se mire sino que se vea a sí mismo tal y como es. Y por eso ha venido a ser como el poeta épico de España en el siglo XX». S. DE MADARIAGA, *Españoles de mi tiempo,* Barcelona, 1974, pág. 35.

mente a la búsqueda de un «hombre nuevo». A muy pocos de sus coetáneos, por no decir ninguno, les fue dado, como a nuestro autor, volver casi medio siglo después —toda una vida para los cómputos cronológicos de la época— a recrear literaria o historiográficamente un pasado que fue ya evocado de igual manera apenas transcurrido —en *Fortunata y Jacinta,* por ejemplo, enmarcada en el quinquenio 1869-1874—. El Prim de los *Episodios* no es ya el personaje incondicionalmente admirado por Galdós durante los días hervorosos de la revolución de septiembre y la Constitución de 1869, mas conservará lo esencial de su halo y magnetismo. La noble personalidad de D. Amadeo de Saboya, por el contrario, mantendrá intacto el atractivo perfil con que apareciese con frecuencia en los artículos de la gubernamental *Correspondencia,* dirigida sin oficialidad ni oficialismos pero sí con sincero monarquismo por D. Benito. Empero, progresismo y democratismo se ofrecerán ciertamente aguados en *De Cartago a Sagunto* (1911), pues las pruebas a los que los sometieran cantonalistas y «petroleros» fueron demasiado rudas —«Lepanto a la inversa», «Trafalgar a la...»— para no salir gravemente quebrantados. Aun así, no obstante, el «pueblo» que sostuvo y alentó la primera República encerrará en la pluma, ya cansada y elisíaca de D. Benito las virtudes y virtualidades del actor y protagonista del 2 de mayo y los momentos cruciales de la revolución liberal. Si algún apoyo o ayuda necesitara para conservar todos sus fueros como sujeto histórico principal, el retorno de «la reacción» rememorado —o imaginado...— por el último de los *Episodios* volverá, nostálgicamente, a devolverle su cetro.

Aunque escritos en su mayor parte durante la Restauración, los *Episodios,* según es harto sabido, sólo reconstruyen su pórtico en el acabado de citar, *Cánovas* (1912), que hace el quinto de la quinta serie. Fue otro el medio de analizarla D. Benito. En efecto, el reinado de Alfonso XII y la regencia de su segunda esposa concentrarían así, *de facto,* toda su obra novelística y gran parte de la teatral, nada desdeñable en calidad y cantidad. Tan anchuroso caudal, unido, desde luego, al de los restantes narradores de la generación de 1868, hace de la etapa finisecular decimonónica la más enriquecida de todo el pasado inmediato español para su reconstrucción historiográfica por el aporte novelístico coetáneo. Comparado con ella, el primer tercio del siglo XX —por no hablar de la fase isabelina en la que «el nuevo arte de escribir novelas» contempla sus primeros balbuceos— será una época indigente, tanto coetánea como ulteriormente, al haberse publicado algunos de sus principales testimonios en los días de la República —*Imán, El cura de Monleón*— y aún más tarde —*La vida nueva de Pedrito de Andía, ad exemplum*— [17].

---

[17] Uno de los más sobresalientes críticos literarios de la hora actual, J. M. MAINER, muy atraído siempre por el trasfondo histórico de la obra novelística, no repara sorprendentemente en ello en su sugestiva *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural,* Barcelona, 1986.

Conforme se sabe, fue dicho período finisecular la coyuntura en la que de forma más decisiva se ventiló la modernización del país, resuelta de manera en conjunto positiva para la mayor y más influyente porción de la reciente historiografía contemporaneísta. Igualmente es conocido que, en términos globales, la obra galdosiana no depone a su favor o, quizá más exactamente, no refrendará siempre tal visión. Seguramente, se aducirá para amortiguar tan chocante contraste que dicha producción literaria —la última— apenas o nada se ocupó de los factores y elementos primordiales que configuraron el progreso material, social y administrativo de la España de los decenios postreros del Diecinueve. La aseveración es por entero aceptable, aunque algo menos quizás en el segundo extremo. En el supuesto de la validez de las tesis historiográficas acabadas de mencionar, la modernización y puesta a punto de sus élites no debieron pasar sólo por el terreno económico, empresarial y educativo, sino también, y de forma destacada, por el burocrático y político, y en ello, Galdós resulta imbatible. Queremos, claro, decir que no existe en la bibliografía hispana fuente tal vez de mayor trascendencia y acaso más completa para el ya por entonces vasto e inabarcable universo de la burocracia y la cosa pública que la narrativa galdosiana, así por la finura del análisis como por la abundancia de materiales e información sobre cesantes, aspirantes y colocados en el mar sin orillas de la Administración española.

La Corte habría de ser *a fortiori* el crisol y el espejo principales de los actores y figurantes de la vida pública durante el acusado proceso centralizador entrañado por el avance de las estructuras políticas y sociales. Y en ella estuvo el escritor grancanario tomando buena cuenta y razón, con su buida y acezante pluma, de la andadura de este personal y, por contera, de la formación de ese Estado moderno que describe parte muy autorizada y nutrida de la historiografía actual. Es más: sin peligro de violentas distorsiones cabría sostener que el escalpelo crítico de D. Benito quedó imantado por las andanzas de los componentes de las clases dirigentes madrileñas, no sólo, desde luego, de las políticas, sino igualmente de las que daban el tono e imprimían los modos y modas sociales y mentales de la época: burguesía en meteórico ascenso, nobleza acomodaticia [18].

---

[18] Muy atinadamente J. M. PÉREZ GARCÍA pondera el valor que, para el conocimiento de la *res publica*, tuvo la propia experiencia política de D. Benito, tanto en su época de diputado sagastino como en su etapa republicana; «con la finalidad —concluye— de situar adecuadamente toda la riqueza que encierra la obra galdosiana». Cfr. «Manuel Tuñón de Lara y la historicidad de la obra galdosiana», en *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, 1999, pág. 84. De nuestro lado, hemos abordado el tema en el capítulo dedicado a Galdós como cronista de las Cortes en *Parlamentarismo y antiparlamentarismo en la España contemporánea*, Madrid, 1995.

Y su pintura, en verdad, en poco avala la consistencia de las tesis antedichas. La atmósfera asfíctica con que Unamuno describiera a la muerte de Galdós su universo narrativo por antonomasia —el de unas clases medias héticas—, es, en sustancia, la misma que envuelve la de los parlamentarios, rentistas, autores de éxito, duquesas, abogados, periodistas, grandes negociantes, altos funcionarios y canónigos del Madrid de los años ochenta —1885: erección de la sede matritense— y noventa del XIX. Nada comparable, obviamente, a las esferas dirigentes inglesas o francesas, con su *Civil Service,* sus soldados coloniales y un Londres y un París convertidos en faros y mecas del planeta.

La antinomia entre imagen historiográfica e imagen novelística puede obedecer, en última instancia, al carácter ficcional de la segunda: pero el «realismo» de la literatura galdosiana y la amplitud y meticulosidad de su censo madrileño no son discutidos por nadie. Una solución irenista al tiempo que plausible a la aparente contradicción acaso podría hallarse en que las energías de los centros vitales de la nación radicaban en otros sitios y fue tanta su fortaleza que pudieron sobreponerse al parasitarismo madrileño...

En todo caso, a favor o en contra, la capital de la nación representó un papel de primera magnitud en el desarrollo o frustración del Estado contemporáneo. En general y, a las veces, un tanto paradójicamente, buen número de los estudiosos referidos denuestan, en línea con una tradición de indudable abolengo intelectual —Azaña, Cela, Umbral—, las insuficiencias y manquedades de Madrid en el desempeño de sus funciones capitalinas, no sólo en la calidad de sus servicios, sino —y muy singularmente— en su misma prestancia material. La ubicación de entrambas Cámaras, carente de una mínima grandiosidad, resumiría, en un extremo tan significativo y emblemático como la arquitectura, tal ausencia de dignidad urbana.

Aquí también —a los efectos que interesan a estas páginas— el testimonio galdosiano, si no dirimente, se descubre como capital. En pos de su admirado Mesoneros Romanos, D. Benito aspiró a ser el cronista que continuase su labor en el último tercio del XIX. Pues, extraña y verdaderamente, el Madrid de «El Curioso Parlante» fue también el Madrid de su curioso oyente [19]. La Villa coronada de los Austrias y de los Borbones absolutistas englobó el escenario de sus novelas madrileñas que, en rigor, lo fueron casi todas, con notas de ciudades levíticas como Secóbriga y la Imperial Toledo. La más joven de todas las capitales de los Estados de nuestro entorno europeo tuvo, en su geografía más antigua, en la galdosiana una

---

[19] Acerca de la relación entre ambos vid. C. SECO SERRANO, *Sociedad, literatura y...*, págs. 225-227.

pluma detallista y amorosa como ninguna. La mayor parte del enjambre de seres a los que dio vida pasó la suya en los palacios, casas y zamizaquis de las calles del «viejo Madrid», sin mezcla casi alguna con el de Salamanca y el urbanismo posterior, desconocido para casi todos ellos. Plazas y calles, galerías y callejuelas de un espacio biografiado por D. Benito con pormenor de un arte, el fotográfico, cuyos avances siguiera con especial atención [20].

Muchas veces se han estudiado en su rica variedad las relaciones entre Galdós y la ciudad en que residiera durante cincuenta y siete de los setenta y seis años que abarcara su vida [21]. De nuestro lado, nos valdremos de algunos de dichos trabajos para abundar en lo ya sabido, esto es, en la imagen apocada con que el novelista la presenta. Apocamiento en todas las funciones esenciales de la capital del mayor imperio de la historia moderna y contemporánea y, cuando éste desapareciera, la primera ciudad de un país relevante en términos territoriales y culturales. Entre sus muchas y grandes limitantes, el poderoso sentido artístico y la tremante sensibilidad estética de D. Benito resaltaban, obvio es decirlo, la arquitectónica, así en los días cenitales de la presencia mundial de España como en los crepusculares. La orfandad en la construcción de la España contemporánea de una capital que cumpliese adecuadamente con su misión, nota tan destacada del proceso de modernización hispana, quedó registrada por Galdós, por más que tal vez no lo bastante [22].

---

[20] El que fuera durante muchos años cronista de la Villa y Corte, el eximio galdosista F. C. Sáinz de Robles, consagró gran parte de sus escritos sobre el novelista grancanario al estudio de esta faceta de su obra. Otro galdosista justamente renombrado, el embajador P. Ortiz Armengol, madrileño acendrado, ha seguido el mismo camino, pero, al igual que el erudito susomentado, sin privilegiar este costado del tema, esencial, repetiremos, en la historiografía más reciente. Cfr. del último el enciclopédico y benedictino libro *Apuntaciones para...*, sólo afeado por no infrecuentes errores cronológicos en la datación y glosa de acontecimientos y personajes decimonónicos.

[21] Uno de los últimos biógrafos de D. Benito, el ya mencionado diplomático P. Ortiz Armengol, subraya el infantil —y legítimo— orgullo de Galdós en ponderar su meticuloso conocimiento del viejo Madrid. Cfr. *Vida de Galdós,* Barcelona, 2000, pág. 59 y *passim.*

[22] «Mis primeras impresiones fueron de grata sorpresa en lo referente al aspecto de Madrid, donde yo no había estado desde los tiempos de González Bravo. Causábanme asombro la hermosura y amplitud de las nuevas barriadas, los expeditivos medios de comunicación, la evidente mejora en el cariz de los edificios, de las calles y aun de las personas, los bonitísimos jardines plantados en las antes polvorosas plazuelas, las gallardas construcciones de los ricos, las variadas y aparatosas tiendas, no inferiores, por lo que desde la calle se ve, a las de París o Londres y, por fin, los muchos y elegantes teatros para todas las clases, gustos y fortunas. Esto y otras cosas que observé en sociedad, hiciéronme comprender los bruscos adelantos que nuestra capital había realizado desde el 68, adelantos más parecidos a saltos caprichosos que al andar progresivo y firme de los que saben adónde van; mas no eran por eso menos reales. En una palabra, me daba en la nariz cierto tufillo de cultura europea, de bienestar y aun de riqueza y trabajo». *Lo prohibido,* Madrid, 1971, pág. 48.

Sí lo hizo, por el contrario, en otro de los extremos en torno al modelo de modernización española crecientemente más abordado por los historiadores actuales: la secularización. Desde el inicio de su obra narradora y hasta el final, la Iglesia se evidenció como el principal de sus referentes y acaso también como el protagonista descollante [23]. El omnipresente mundo eclesiástico del antiguo régimen y el algo más reducido de la sociedad liberal, Iglesia docente e Iglesia discente, obispos cortesanos y curas de misa y olla, monjas milagreras y sacristanes avinagrados, nada dejó de ser revistado, con taraceada minuciosidad y envidiable conocimiento, por un Galdós que, claro, no marginaría tampoco de su orbe novelístico ni a la gazmoña beata ni a las almas escindidas entre la fe y la duda o atormentadas por la vivencia del pecado y la culpa [24].

A que las últimas quedasen liberadas del peso inerte y no pocas veces aplastante de una atmósfera social que favorecía el masoquismo, como expresión de la fuerte presencia en la cultura nacional del legado veterotestamentario, dedicó el autor de *Gloria* muchos de sus afanes literarios. El comienzo y final de este combate son los más conocidos por la relevancia de sus episodios y las estridencias que los envolvieron, que hallarían perfecto paralelismo entre la obra galdosiana y los acontecimientos de su respectiva actualidad —polémicas en torno al artículo 12 de la Constitución de 1876 y el ciclo de las primeras novelas, *Electra* y los últimos *Episodios* con el recrudecimiento de la controversia anticlerical.

---

[23] «Como en la Inglaterra victoriana, el toque está en hacer y no decir —y sobre todo, en hacer sin dejarse atrapar los dedos, pues ¡ay del que haga un mal movimiento! Esta hipocresía se complicaba aún en España con todas las cuestiones suscitadas por los debates sobre la unidad religiosa, y por el hecho, creo que único en la Europa de aquellos días, de que los mismos que procuraban una liberalización de la vida civil y una modernización de la vida religiosa fuesen más puritanos que nadie, por sentirse moralmente superiores al clero o porque le tomaran gusto a aquello del imperativo categórico —que, por lo visto, en España coincidía en todo con el sexto mandamiento. El que haya leído de Clarín o de Revilla pasajes en que anatemizan la «inmoralidad» de alguien [...], sabe a que atenerse respecto a aquel medio malsano, y cómo estos izquierdistas perdieron una gran ocasión de airearlo y hacer respirable su atmósfera». J. F. FERNÁNDEZ MONTESINOS, *Introducción a Lo prohibido*, Madrid, 1971, pág. 29.

[24] «... en algún pequeño grupo hacían crónica personal algo escandalosa, y en otro se hablaba de las cuestiones más hondas, de religión, por ejemplo, que es un tema planteado en todas partes donde quiera que hay tres o cuatro hombres, y que tiene el don de interesar más que otra cosa alguna. Este tema, constantemente tratado en las familias, en los corrillos de estudiantes, en las más altas cátedras, en los confesionarios, en los palacios, en las cabañas, entre amigos, entre enemigos, con la palabra casi siempre, con el cañón algunas veces, en todos los idiomas humanos, en los duelos de los partidos, con el lenguaje de la frivolidad, con el de la razón, a escondidas y a las claras, con tinta, con saliva, y también con sangre, es como un hondo murmullo que llena los aires de región a región y que jamás tiene pausa ni silencio. Basta tener un poco de oído para percibir este incesante y angustioso soliloquio del siglo». *Obras Completas, Novelas I*, Madrid, 1975, pág. 814.

Pero en manera alguna debe ello hacernos olvidar la persistente atención que el narrador canario prestara a la temática religiosa en la dimensión de la que ahora hablamos. Pocas o ninguna de sus novelas ulteriores a 1878 —fecha de la aparición de *Marianela* y de *La familia de León Roch*— se sustrae a la preocupación galdosiana por encontrar un adecuado marco de convivencia entre realización personal y vida colectiva. Sin la primera, la segunda nunca podrá alcanzar verdadera tonicidad, con una justa y racional distribución de planos y cometidos. En el extremo de sus concesiones a la sociedad aún imperante en el país, Galdós llegará a admitir que su cohesión —a la espera de la madurez de una modernidad cuyas semillas no acaban de granar en España— necesita del elemento religioso. La aspiración de muchos espíritus de la época no estribará en la ruina del catolicismo, sino en su flexibilidad y prudente apertura a un escenario social en el que las libertades —y muy en primer término la de conciencia— sustenten de forma efectiva su marco[25].

Este combate particular, mantenido sin alharacas y sin desfallecimiento a lo largo de las dos últimas décadas del XIX, esto es, por un Galdós inmerso por entero en su postrera y más elevada tarea novelística —1881: *La desheredada;* 1897: *Misericordia, El abuelo*—, coincidente con la etapa anímicamente más sosegada de su existencia adulta y en la que su producción y figura tendrán una aceptación más universal entre sus compatriotas, constituye una página muy destacada del proceso de secularización español en su vertiente intelectual y literaria. Desde un respeto reverencial al hecho religioso, el novelista, cuya biografía se incardinara hasta casi el término de sus días en vivencias y experiencias adscritas a dicha esfera —niñez en un hogar ultramontano, educación juvenil en establecimientos confesionales, vida familiar en una casa rectorada por hermanas de desaforado clericalismo, amistad con «neos» e integristas—, se mostrará insobornable en la lucha por una sociedad civil, en que las creencias espirituales tuvieran el ámbito y dimensión adecuados a su auténtica naturaleza y funciones. Sin secularización una España, si no postrada, sí renqueante por el peso muerto de un anacrónico y atrofiado

---

[25] «Es mi caso con "Nazarín". Un cura que cree en Dios, pero que se encuentra solo, sin respetos humanos, vestido como un peón, mezclado con pecadores y con criminales, tratado él también como el último de los hombres, que no tiene virtudes cardinales, porque únicamente tiene las teologales. Pero esto era, más o menos, lo que veníamos pidiendo. La revelación fue caer súbitamente en la cuenta de que el que lo pedía era Galdós; y que aquello por lo que Galdós escandalizaba a los católicos de su tiempo era aquello que la Iglesia de nuestro tiempo está empezando a ser; que, en definitiva, era él quien había tenido razón». J. M. GARCÍA ESCUDERO, *El escándalo del cristianismo,* Madrid, 1976, pág. 34. «Pero ¿frente a qué fue Galdós "sectario"? ¿Frente al catolicismo en cuanto tal o frente a lo que él, con razón o sin ella, consideraba una politización excesiva del catolicismo, una desmedida contaminación de éste por la sed de preeminencia social y política, en definitiva, de poder? He aquí la pregunta que —para darle la respuesta que sea— debe hoy hacerse todo crítico, honesto y sensible». P. LAÍN ENTRALGO, *Más de cien españoles,* Barcelona, 1981, pág. 11.

legado, no podía encontrar los caminos de la modernidad, estimulantes incluso para su misma fe tradicional [26].

La acomodación de las fuerzas armadas a sus estrictas funciones constitucionales y su indiscutida subordinación al poder civil son un indicador fiable de la modernidad de las estructuras político-sociales de un país. La Restauración pasa por ser un período en el que el ejército, tras largos años de mando político, regresó a los cuarteles y dejó en manos civiles la gobernación de un régimen surgido de un pronunciamiento más. Pero, según resulta obvio, la influencia si no la caución castrense gravitó sobre todo el itinerario de la Monarquía de Sagunto. Muy descompensadamente con relación al interés mostrado en punto a la dialéctica religiosidad-secularización, Galdós no gastó muchas expensas en el tratamiento del tema. Al igual que sucediera con la religiosa y, en parte, por las mismas razones familiares, la cuestión castrense, las vicisitudes del ejército durante el sistema canovista, tuvieron mucha incidencia en el mundo íntimo del novelista, hijo, hermano y pariente de militares. Estos lazos junto con su admiración —a veces arrobada— por el papel que jugaran las fuerzas armadas en el nacimiento y afianzamiento del liberalismo, motivaron con cierta probabilidad que D. Benito no se ocupase de la tensión civilidad-militarismo manifestada en más de un tramo del recorrido de la Restauración. Con todo, es muy significativo que ni en su obra narrativa ni aún menos en la periodística, revelara interés alguno por la enorme transformación que, coetáneamente, experimentaban las fuerzas armadas bajo la III República francesa, cuyo encarnizado combate modernizador equiparó en sus objetivos fundamentales la institución militar con la eclesiástica. Apoyándose en ciertos pasajes de su historia reciente —desde luego muy destacados—, Galdós, hombre de progreso enraizado familiarmente en un humus tradicional y conservador, albergaba la firme convicción de un ejército vinculado por instinto con el avance de las libertades, de las que en trances cruciales se manifestara como adalid y protector. Su idea del ejército como reserva última de la España constitucional permanecería así fija en su pensamiento hasta el término de su existencia. La «infame reacción», torcedor tozudo de los destinos más venturosos del país, no tenía, a la postre, un debelador más implacable y efectivo [27].

---

[26] En un artículo todo él muy denso y sugerente, Y. LISSORGUES, tras no pocas acotaciones al tema que ahora nos ocupa, escribirá: «¿Cuál es el sentido de la preocupación religiosa de Galdós? Nos guardaremos de apresuradas y unilaterales conclusiones. Lo que sí podemos afirmar es que, para él, a la altura del fin de siglo, la religión o mejor dicho los valores evangélicos tienen que desempeñar un papel humano y social dominante». «Benito Pérez Galdós: la novela tendenciosa de fin de siglo (Realidad, Angel Guerra, Nazarín, Halma, Misericordia, El Abuelo», en A. SANTA, *Benito Pérez Galdós, Camins Creuats II. Homenatge a Víctor Siura,* Lleida, 1998, pág. 190.

[27] Acaso en ningún otro pasaje de la obra galdosiana, tan atravesada de elán castrense, llegue alcanzar dicho *pathos* la vibración y fuerza que al término de una de las escenas de la obra teatral

Se observa, pues, que el enfrentamiento de Galdós con un aspecto destacado de la temática en torno al triunfo o fracaso de la modernización del Estado y sociedad españoles durante el canovismo, se descubre elusivo si no escamoteador, justamente en una pluma que disponía de todas las bazas para un análisis profundo y completo. Pese a ello ninguno de sus lectores desconoce el rico y enjundioso material que acerca de la milicia decimonónica encierra su obra. Dejado su estudio —acaso con exceso— al cuidado de profesionales castrenses, quizá haya llegado el momento de que las jóvenes hornadas de profesionales de Clío roturen, conforme sus preocupaciones y técnicas, una vertiente de la obra galdosiana que, a buen seguro, no defraudará sus expectativas de hallazgos muy estimables en la búsqueda de los elementos decisivos de nuestra contemporaneidad.

Como vemos, es muy amplio el elenco de los temas historiográficos en el candelero de la actualidad para los que el universo galdosiano se ofrece como una fuente de sumo interés. Sus conocedores no vacilarán un instante en manifestarse contextos en que en pocos asuntos ello es más patente que en los estudios de género. Lo hemos resaltado ya, pero se impone ahora volverlo a peraltar. Ni siquiera el llamado novelista de las clases medias, su contemporáneo y admirador Armando Palacio Valdés, con haber dado robusta vida a no pocas semblanzas de mujeres, puede compararse con D. Benito en punto a número y, sobre todo, vigor de sus personajes femeninos, sin duda, los más logrados, con algunos secundarios, de su poblado planeta. Recordar heroínas, personajes, lances y tramas en que la historia de las relaciones de género se enriquece y adquiere a menudo ángulos inéditos y enfoques inimitables es labor ociosa por lo extensa y sabida [28].

Doña Perfecta (1896), cuando se identifica absolutamente la patria con la institución militar: «Es la patria armada —dirá el ingeniero Pepe Rey al escuchar los lejanos clarines del destacamento que se aproxima a Orbaneja para defenderla de la guerrilla carlista—, nuestra madre, a quien adoramos, defectuosa, imperfecta, como quiera que sea. Por ella vivimos, por ella morimos». *O. C.*, IV, 1976, pág. 421. Casi coetáneamente, Blasco Ibáñez coincidiría *ad integrum* con Galdós: "—Pero ¿y la libertad?, ¿y el progreso político? —preguntó el cadete—. Yo he oído a un capitán viejo de la Academia (militar de Toledo), que si en España existe el régimen liberal es por el ejército.

—Mucho hay de eso —dijo Gabriel—. Es indudablemente el servicio más importante que el ejército ha prestado a España. Sin él, ¡quién sabe en lo que hubiesen parado las guerras civiles, en este país tan estacionario y tímido ante las reformas!». *La Catedral,* Barcelona, 1978, pág. 231.

[28] No obstante su extensión, transcribiremos tanto el clímax del ensueño como el del desencuentro: «Me agradó mucho saber que Irene había entrado en la Escuela Normal de Maestras, no por sugestión de su tía, sino por idea propia, llevada del deseo de labrarse una posición y de no depender de nadie. Había hecho exámenes brillantes y obtenido premios [...] —Pues mire Vd., cuando yo era chiquita, cuando yo iba a la escuela, ¿sabe Vd. lo que pensaba y cuáles eran mis ilusiones?... Pues bien: mis ilusiones eran instruirme mucho, aprender de todas las cosas, saber lo que saben los hombres..., ¡qué tontería! [...] Lo que yo aseguro a Vd. —me dijo [Irene]— es que mis deseos han sido siempre los deseos más nobles del mundo. Yo quiero ser feliz como lo son otras [...] ¿Hay alguien que no desee ser

Con todo y como muy leve escorzo apuntaremos que el mensaje o doctrina feminista del autor de *Misericordia* será no pocas veces ambiguo, ambivalente, indefinido y contradictorio. Existía, por lo demás y conforme resulta harto sabido pero menos explicitado, mucha distancia entre su pensamiento y conducta concreta y habitual con la mujer para que no hubiere sido así. ¿Vendría a ser la actitud postrera del bueno de Máximo Manso ante su idealizada Irene, prototipo en su sentir de la «fémina» nueva, trasunto de la de su propio creador, desconcertado siempre, pese a sus vastos conocimientos en la materia, por la prometeica versatilidad de las mujeres?...

Otro de los campos más afanosamente roturados por la historiografía de nuestros días, el estudio de la muerte, tiene en Galdós un autor insustituible. Por desgracia, el investigador más profundo del tema, Ph. Ariés, no leyó, como tantos de sus coetáneos, a Galdós. De haberlo hecho, hubiera comprobado que ninguna otra gran pluma de la novela europea ilustra mejor los ritmos y fases, que, con análisis muy cercanos a los galdosianos, marcó al oficio de la Parca el gran «historiador de domingo» [29]. Investigado parcialmente el tema por diversos historiadores conforme registrase Soledad Miranda García en su ya citada tesis, dicha autora tiene encetado ha tiempo una monografía acerca de la materia, de cuyas conclusiones estamos al tanto, pero que, obviamente, no vamos a adelantar, bastando al propósito de las presentes líneas dar cuenta de ello.

Todos los factores que desde la actualidad propician una lectura historiográficamente enriquecida de la obra galdosiana encuentran, no obstante, una aporía, sin cuya superación todo puede distorsionarse. Pese a que la mayor parte de su existencia transcurriera en un régimen de libertades, Galdós ansió un sistema político que, global y formalmente, podría acaso identificarse con el actual, pese a que algunas dimensiones de éste no semejen conformarse en exceso con sus idea-

---

feliz? No. Pues yo he visto a otras que se han casado con jóvenes de mérito y de buena posición. ¿Por qué no he de ser yo lo mismo? Yo se lo he pedido a Dios, Manso. Para que me concediera esto, ¡he rezado tanto a Dios, a la Virgen...!

¡También santurrona!... Era lo que me faltaba ya para el completo desengaño... Horror del estudio; ambición de figurar en la numerosa clase de la aristocracia ordinaria; secreto entusiasmo por cosas triviales; devoción insana que consiste en pedir a Dios carretelas, un hotelito y saneadas rentas; pasión exaltada, debilidad de espíritu y elasticidad de conciencia: he aquí lo que iba saliendo a medida que se descubría; y sobre todas estas imperfecciones descollaba, dominándolas y al mismo tiempo protegiéndolas de la curiosidad, un arte incomparable para el disimulo, arte con el cual supo mi amiga presentárseme con caracteres absolutamente contrarios a los que tenía». *El amigo Manso, O. C...*, I, págs. 1200, 1291, 1293.

[29] Un adelanto de ello en *Pluma y altar en el XIX. De Galdós al cura Sta. Cruz*, Madrid, 1983.

les y preferencias, como, por ejemplo, la vivencia de lo español, el modelo de la enseñanza o la misión de los intelectuales. D. Benito no quiso ni aspiró a vivir en una España «trágica»; pero es palmario que su quehacer intelectual y la porción más importante de su obra se concibieron y realizaron, con breves paréntesis, de acuerdo con sus parámetros. Bien que insistamos en que la convivencia nacional no respondió afortunadamente a dichas coordenadas durante la mayor parte de la existencia del novelista, éste la vivió literariamente así. A modo de ascesis personal y colectiva, de pedagogía y adoctrinamiento de igual tenor, Galdós si no se recreó en la evocación de la España «negra», desde luego no ahorró los colores más crudos y la paleta más tremendista para contar y describir el oceánico caudal de energías esterilizadas y, a las veces, la inmensa sangre y dolor derramados en el parto de la España contemporánea. Sólo corticalmente fue ésta liberal y moderna en su sentir más íntimo, al que en tantas ocasiones Galdós quiso, notablemente, reprimir para no sembrar el desaliento [30].

---

[30] Tras lamentar que no haya aún un estudio condigno de la importancia que la conflictividad ideológica tuvo en el ochocientos hispano, se reparará en que uno de los grandes aciertos de Galdós descansó precisamente en conocer que era en la contraposición de las ideas y no en la de los intereses donde nacían las tensiones y pugnas doctrinales. Para que el lector acribioso pueda fácilmente evacuar la cita, no abandonaremos, a modo de pequeña comprobación, el texto precedente: «... Abismo tan hondo, que no veo que se pueda llenar con nada de este mundo. ¡No, Pepe; entre tus ideas y las mías —[Doña Perfecta]—, entre mis creencias y tu manera de ver la vida, la muerte, el mundo, el más allá, hay, no digo distancia, sino la inmensidad infinita! La discordia, la repulsión, la antipatía entre tú y yo son irreductibles. Conciliar el Cielo con el Infierno, ¡quién lo puede soñar!... [Pepe Rey] ¡Lucharemos! Tras de mí, tras de nosotros, hay una contienda espantosa, principios contra principios. En nuestra misma guerra en proporciones colosales. En medio de esa lucha, pisando charcos de sangre, nos batiremos usted y yo.» *Doña Perfecta...*, págs. 420-421. En otra obra teatral y coetánea de la anterior, *La Furia*, la crispación y antagonismo de las dos principales corrientes ideológicas del XIX español —anverso y reverso de una misma moneda para D. Benito— no serán menores: «Berenguer —les detesto también, porque son tan tiranos como los de vuestro bando. Entre unos y otros asolarán la tierra y la llenarán de sangre y ruina.

MAEQUÉS: —Ya... Cree Vd. que nuestro bando realista es una fiera, y el bando contrario otra.

BERENGUER: —Creo que es una sola fiera, señor; una sola con dos cabezas. La idea exaltada y el orgullo despótico la engendraron [...].

SUSANA: —Todos sois lo mismo, jueces y víctimas. En la conciencia de ésos, como en la vuestra, existen las mismas negruras; en la conducta, las mismas atrocidades. Sois un solo monstruo, aunque parezcan muchos [...]

JUAN: —¿Y San Valerio?

BERENGUER: —¡Muerto!.. ¡Ahora tú!....

JUAN: —(Desenvainando) ¡Entrégame tu vida, miserable!

BERENGUER: —La tuya quiero. (Se basten. Pausa.)

JUAN: (Herido) ¡Ah!... Perro jacobino. (Se desploma. Muere.)

SUSANA: —(Despavorida por la derecha) ¡Ah! ¡Vives! (Abraza a Berenguer.)

BERENGUER: —(Delirante, mirando a uno y otro cadáver) Sí; he matado a la fiera. ¡Muertos los dos!

Artística y doctrinariamente, idéntica posición se halla hodierno por entero legitimada, pues, entre otras cosas, también la España democrática arranca de la superación de otra tragedia inmensa como la guerra civil de 1936; pero habrá de convenirse en que, como procedimiento para alinear plenamente al país entre los de su entorno civilizador, se ofrecería inexplicable e incluso rechazable. De ahí que, sin asumir ningún discurso panglosista o pánfilo a la moda del día —y no sólo en las esferas gubernamentales—, la imagen de la España decimonónica galdosiana posea un *pathos* que debiera rebajarse para servir de espejo o de guía segura en un pasado sin duda laberíntico y singular.

Numerosas son, pues, las cuestiones historiográficas de envergadura y trascendencia para las generaciones actuales a las que un revisitado Galdós proporciona luces y materiales abundantes. Dentro de unos años, cuando sean otros los paradigmas y los asuntos investigados preferentemente por la historiografía de la obra de Galdós seguirá manando como surtidor incesable de ideas e interpretaciones.

Es, claro, el secreto de los genios.

SUSANA: —Huyamos a regiones de paz.

BERENGUER: —(Con desvarío) Huyamos, sí; que éstos... éstos resucitan...». *O. C.*, IV, págs. 466-467.

Una reflexión menos tenebrante, pero no menos crítica vendrá bien para concluir de esbozar un asunto muy recurrente en Galdós: «... procedían (los caciques y despóticos aristócratas lojeños) según la conducta y hábitos de sus tatarabuelos, en tiempos en que no había Constituciones encuadradas en pasta para decorar las bibliotecas de los «centros políticos» [...] Los perifollos eran códigos, leyes, reglamentos, programas y discursos que no alteraban la condición arbitraria, inquisitorial y frailuna del hispano temperamento». *La vuelta al mundo en la «Numancia»*, *O. C.*, III, Madrid, 1971, pág. 1275.